

## *La hache*

La hache es lo único que comparten nuestros nombres. Una letra muda, olvidada, que mucha gente elige ignorar a propósito porque no suena en castellano. Parte infinitesimal de un abecedario que en realidad no la necesita. Tan prescindible que la mayoría de la gente escribe mi nombre sin hache. «Elena» supera con creces a «Helena».

Así me sentía yo antes de conocerlo: atrapada en una vida solitaria. Casada con alguien cuyo nombre empieza por la primera letra del abecedario, Arturo, algo mucho más contundente y real que mi hache. Por si fuera poco, mi marido tiene una hija adolescente que comparte esa A pionera, primigenia, la vanguardia de todas las letras.

¿Crisis de quien se acerca peligrosamente a los cuarenta? Sería simplificarlo. Solo sé que su mirada vibrante me recordó la existencia del deseo, esa ansia que creía circunscrita a los conflictos de las novelas que traslado del inglés al español.

En los textos narrativos la trama nace de la necesidad del personaje principal de lograr satisfacer un apetito, de saciar un anhelo. Él me elevó a objeto de su deseo y me convirtió, a su vez, en sujeto deseante, porque es imposible no sentirse hechizada por los ojos dulces de Hugo, por su belleza irrefragable, por el exotismo de su mestizaje, por la tristeza que lo acompaña donde quiera que va, porque su vida es un cúmulo de posibilidades todavía y me muero de ganas por descubrir en qué tipo de hombre se convertirá en el futuro.

Mi error fue pensar que podía mantener la fascinación que me despierta bajo control; no prohibirme mirarlo, hablarle, es-

cribirle. Engañarme con la idea de que la amistad entre nosotros era viable. Como si se pudiera manejar un tornado o reconducir un huracán.

Mi hace está, se presupone, pero la gente la ignora. Igual que la última sílaba de la palabra *corazón* en las letras de las canciones actuales, las que elige mi profesora de baile. Ese «zon» olvidado, proscrito y sustituido por el cojo apócope «cora», con una rima más fácil. «Mientras me curo del cora», canta Karol G. Y yo dudo que mi «cora» tenga cura y mi problema, solución. Con o sin «zon». Porque, a mis treinta y cinco años, me he enamorado de un chico de dieciocho.

## *Entrenamiento con vistas*

Paseo por la sala de aparatos del polideportivo aislado del mundo con mis cascos. Me decido por un banco de abdominales. Necesito entretenerme para no pensar en lo de mi madre. Hasta que no llegue mi amigo Gonzalo, el tardón, no tiene sentido que empiece con las pesas porque nos ayudamos el uno al otro y vamos añadiendo carga.

Me tumbo y veo a un grupo de señoras bailando. Retiro los cascos hacia atrás y presto atención. ¿Qué tema es? Entonces descubro que la música y ellas no pegan. Si están en plena edad de jubilación, ¿qué coño hacen bailando al ritmo de Karol G?

Todavía no he hecho ni mi primer abdominal y la veo. Es más joven que el resto, unos treinta y pocos, seguro que no llega a cuarenta. Se menea mejor que las demás. Y tiene un culo ni demasiado grande ni demasiado pequeño, levantadito, con nalgas redondas y apretado dentro de esas mallas negras, que me hace empalmarme cuando me imagino... Joder, mierda. Aquí no. Me recoloco el pantalón de chándal. Ya no puedo dejar de mirarla.

Y ella se da cuenta, claro. Nota mi escrutinio impertinente y me devuelve la mirada. Tengo la impresión de que, durante menos de un segundo, sonrío. Como si fuera un gesto que se le escapa, que no ha logrado frenar.

Entonces cambia la música: suena *Calm down*. No tengo ni idea de quién canta esto; es la típica canción de todos los veranos con ritmos que parecen africanos. Lo bailan poniendo las manos en paralelo al suelo y hacen una especie de rebote en el aire con ellas. Luego colocan un brazo hacia arriba casi como si se tratase de un saludo nazi y la mano de abajo sube para cho-

car con la que permanece arriba esperándola. Queda bastante vistoso y esas palmadas en sincronía marcan muy bien el ritmo.

No sé por qué intento engañarme. No estoy atento al baile, es ella la que concentra toda mi atención. Hago un par de abdominales y descanso un rato más para poder observarla a gusto. Tiene el pelo moreno recogido en una coleta. Una cara proporcionada con pómulos marcados, nariz pequeña, los ojos no demasiado grandes. No veo el color desde aquí. Necesitaría acercarme.

Me gusta cómo se mueve. Me la imagino meneando las caderas exactamente así, aunque conmigo debajo. ¡Dios! Me estoy poniendo demasiado burro. Voy a tener que irme pronto a casa a cascármela. Creo que tengo húmedo el bóxer y todo.

Nunca me había interesado una tía mayor, para nada. A muchos de mis compañeros les ha sucedido, sí, pero a mí es la primera vez que me pasa. Puede ser mucho más interesante que una chica de mi edad. Tiene que saber hacer cosas increíbles en la cama.

—¡Hugo! ¿Qué pasa, *bro*? ¿Llevas mucho rato aquí? —me pregunta Gonzalo chocando los puños con los míos.

—Un rato, tío, un buen rato. Ya sabes que dependo de la mierda del autobús y mi urbanización no está muy bien comunicada.

—¿Qué has hecho?

—Solo abdominales. Te esperaba para las pesas.

Durante unos segundos estoy tentado de hablarle de ella, de lo que me atrae, del morbo que me da. Luego decido guardármelo para mí. Convierto en un secreto los intercambios de miradas que nos hemos dirigido. Porque esa mujer también me ha buscado durante toda la clase de baile, no me ha quitado el ojo de encima, y prefiero que sea algo solo nuestro.

## *Clase de zumba*

Muevo mi cuerpo al ritmo de la música y en seguida noto calor en las piernas. Debería haber hecho más ejercicio estas vacaciones. Y haber optado por un pantalón corto, porque, aunque septiembre signifique la vuelta a la rutina, el verano aún no ha terminado. Shakira canta sin desafinar ni una nota: «Yo soy loca con mi tigre./ Loca, loca, loca» mientras meneo la cadera intentando seguir a la profesora de zumba. Mi obsesión por el lenguaje casi me hace detenerme al pensar que la cantante debería haber dicho «estoy» loca, no «soy» loca. Nota mental: buscar si se admite «ser loca». Aunque a mí no me suene bien, puede que sea correcto.

La sala en la que bailábamos el año pasado está ocupada por un grupo de pilates, así que nos han asignado una pista multideporte. Tiene rayas para jugar al fútbol, al baloncesto y a todo lo imaginable. Y yo aquí, con una especie de TOC, intentando no pisar ninguna mientras avanzo al ritmo de la música. La única ventaja de este sitio es que puedes distraerte mirando a los que están en la sala de pesas, que suelen ser hombres.

De hecho, hay un chico con pelo moreno y muy rizado, a lo afro, que me ha llamado la atención. Puede que sea mulato. Su piel está bastante bronceada. Desde aquí no estoy segura del color de sus ojos, parecen claros. Lleva unos cascos casi más grandes que su cabeza y una camiseta de tirantes que muestra sus brazos con músculos muy tonificados. Siento sus ojos sobre mí y eso me incita a moverme de una forma más sexi. Así de patética soy. Me pone contenta que un crío extremadamente atractivo me observe. Porque está muy bueno. Y es demasiado joven.